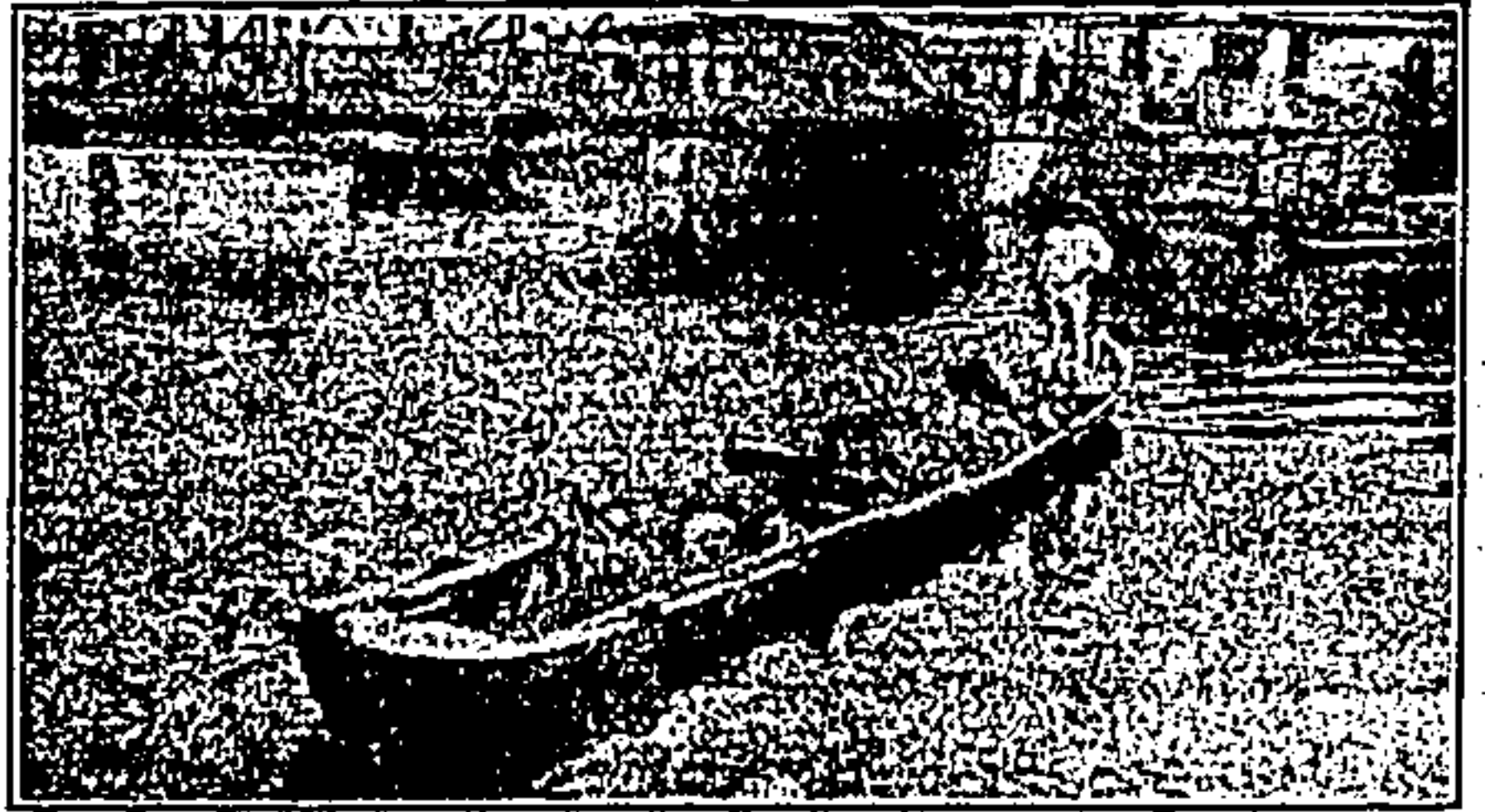


CUADRITOS E IMPRESIONES

POR EL RIO Y EL MERCADO

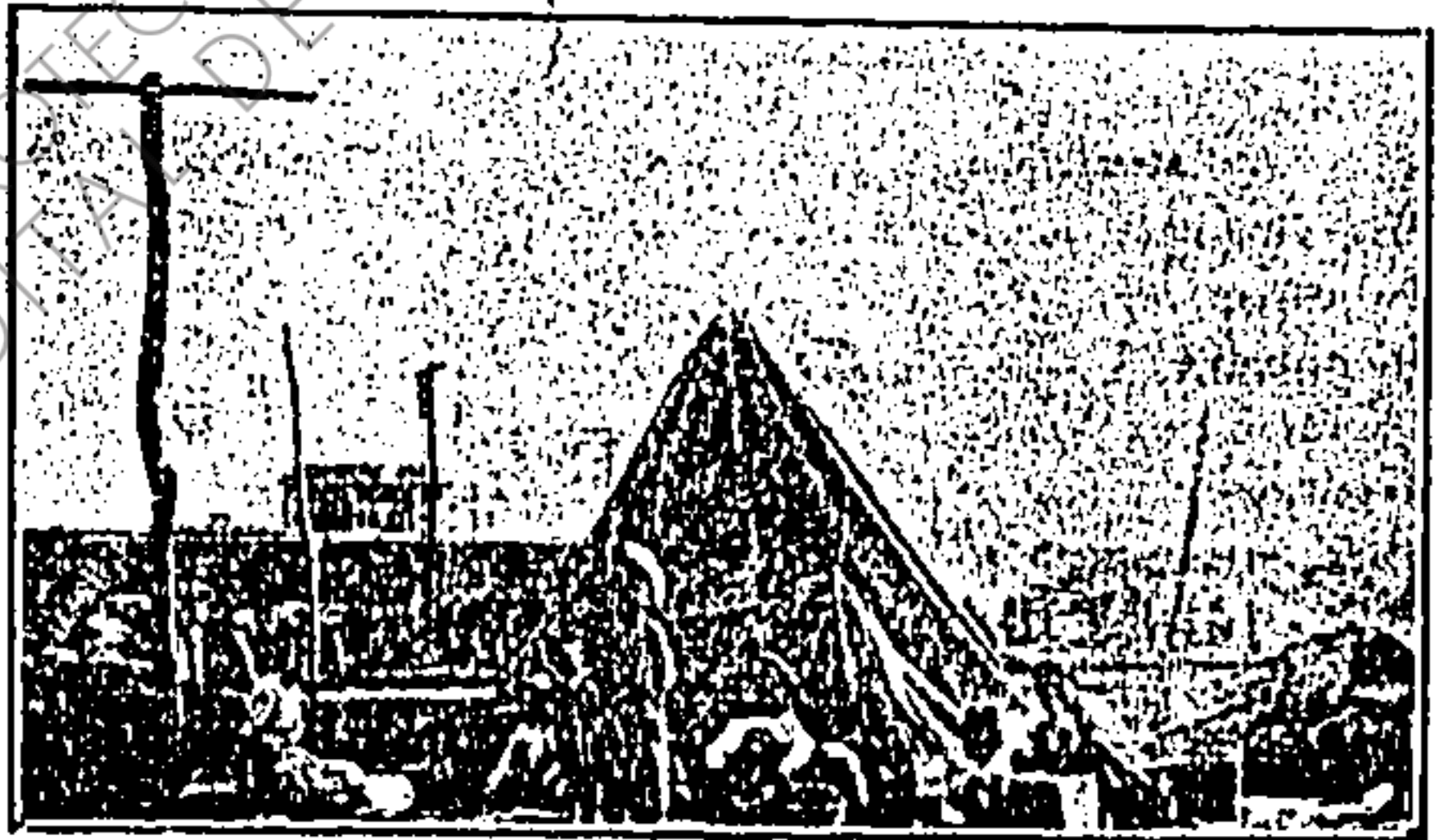
Frutas, tanto tropicales como semitropicales, pero todas exquisitas, se cultivan de modos primitivos, que hay que mejorar, y se llevan al mercado atravesando el río Pánuco en grandes canoas impulsadas a remo, y recordar al verlas las escenas que hemos visto en Centro—América, y en la América del Sur, es todo uno.



Ya en el mercado, todo viajero que no se contenta con recorrer distancias, como un autómatas, o como un bulto de mercancías, sino estudiando a fondo el carácter de las poblaciones que visita, esté seguro de escuchar con qué ampulosidades se ofrecen las naranjas de almíbar, los bananos más suaves que la mantequilla, las plátanos que destilan miel, los perfumados melones, y las rubicundas sandías; y la multitud de argumentos y chistes con que se discuten los precios, defendiendo centavo a centavo el vendedor, que suele no ser más que un regalón, todas las fatigas empleadas en su huerta; y el comprador los minutos consumidos en las faenas del taller, o de la fábrica.

No al bullicioso y ameno mercado, sino al fúnebre matadero, son destinadas esas gordas y relucientes cabezas de ganado vacuno que, hasta nadando a través del río siguen al hombre, en quien creen ver un amigo, pero que no es sino su verdugo egoísta y despiadado. Durante la niñez, ha privado al pobre becerro de la leche materna; más tarde lo ha sometido a duro trabajo tirando del arado o de la carreta, aceriéndolo con la punta de una vara aguzada, y en dulzándole el oído con las galanterías que son de rigor en tales ocasiones.

Y todo: las frutas deliciasas, la carne suculenta y nutritiva, la legumbre que refresca y sazona, y la miel generosa, va a parar a la tibia del campamen-



to cercano al camino de hierro en construcción, o a la bocamina, o al canal que se abre, o al pozo que se perfora, en que el obrero, pasadas las fatigas de la jornada encuentra las caricias de su esposa, los besos que entre la mano amante y el ejercicio continuado sazona a maravilla, la dulce algarabía de los niños contando sus diabluras; y, por último, entonces, con acompañamiento de ronquidos de contrabajo, olímpico al progreso, que debe ser el más grato a los oídos del Creador.

